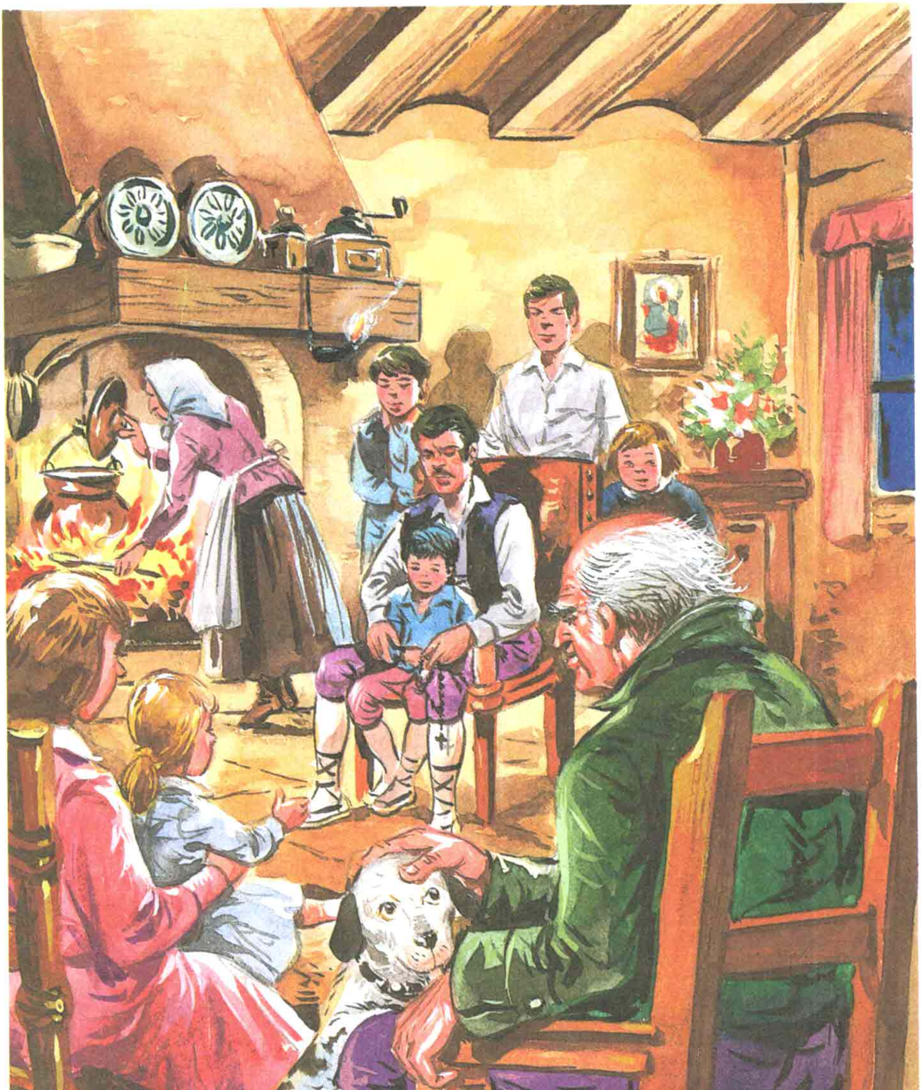
S. ANTONIO MARIA CLARET

SAN ANTONIO M.ª CLARET

P. José M.ª Girabal, C.M.F.

D.L.: M-28.205-1987 • I.S.B.N.: 84-7.770-007-9

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34
41003-Sevilla



El pequeño Toñín

El día de Navidad del año 1807 las campanas de Sallent provincia de Barcelona tocaban alborozadas por el bautismo de un nuevo niño nacido dos días antes, era Antonio Claret. Su cuna se meció entre las aguas tranquilas del río Llobregat y el traqueteo de los telares de la fábrica que su padre tenía en casa.

Fueron once hermanitos, algunos de los cuales volaron pronto al Cielo. Sus padres eran muy buenos y educaron a sus hijos en el santo temor de Dios, infundiéndoles un tierno amor a la Virgen y a la santa Eucaristía.

A Antonio le gustaba mucho visitar con su hermana Rosa un santuario de la Virgen a unos cinco kilómetros llamado de Fusimanya. Los dos romeritos rezaban un rosario al ir, otros en la ermita y otro al volver.

—¿Sabes una cosa? —decía a su hermana— Que cuando estoy delante de su imagen, me parece que salen de ella unos hilos hasta el cielo, porque cuanto le pido me lo concede.

—¡Qué cosas tienes, Antonio —decía ella riendo.

Con el niño Jesús del sagrario le pasaba una cosa muy curiosa. Estaba a lo mejor jugando con otros niños y oía una voz que salía del fondo de la iglesia que decía:

—Antonio, ven.

Y Antoñito los dejaba y se iba a la iglesia y se pasaba largos ratos hablando con Jesús. ¿Qué dirían?

Aquellos tiempos eran tiempos de guerra. Los franceses habían invadido España, y un día dijeron que venían a Sallent y como que habían incendiado algunos pueblos, la gente huía despavorida a los montes. Incluso los de la casa huyeron abandonando al abuelito que no podía seguir. Antoñito, como era muy bueno, se volvió a recogerlo y lo acompañó hasta ponerlo en lugar seguro. Al fin pasó el peligro y en casa volvió a arder el fuego del hogar y al final del día todos rezaban el rosario al amor de la lumbre y el padre explicaba bonitas historietas.

¿Qué será este niño?

Antonio era muy reflexivo y le gustaba pensar, y como era poco dormilón, pensaba en cosas serias y santas.

¿Sabéis en lo que pensaba? El mismo nos lo cuenta:

—"Pensaba —dice— en la eternidad de los malos. Pensaba en aquel, siempre, siempre, siempre... Yo me figuraba enormes distancias, a éstas añadía otras y otras, y al ver que no alcanzaba el fin, me extremecía y pensaba: los que tendrán la desgracia de ir a la eternidad de penas, ¿jamás acabarán de penar? ¿siempre tendrán que sufrir? ¡Sí, siempre tendrán que penar! Esto me daba mucha lástima, porque yo, de natural, soy muy compasivo; y esta idea de la eternidad o por las muchas veces que he pensado en ella, es lo que más tengo presente. Esta misma idea es lo más me ha hecho y me hace trabajar aún, y me hará trabajar mientras viva en la conversión de los pecadores".

Esto le ayudaba a ser bueno y compasivo porque lo era de natural, y no podía ver una miseria sin socorrerla, y como quería tanto a Nuestro Señor, quería que todos los hombres le amaran y sentía mucho que le ofendieran. Por eso desea dedicarse, cuando mayor, dedicarse a la salvación de las almas para que no se condenasen. Esa era su decisión que había tomado y nada le haría cambiar.

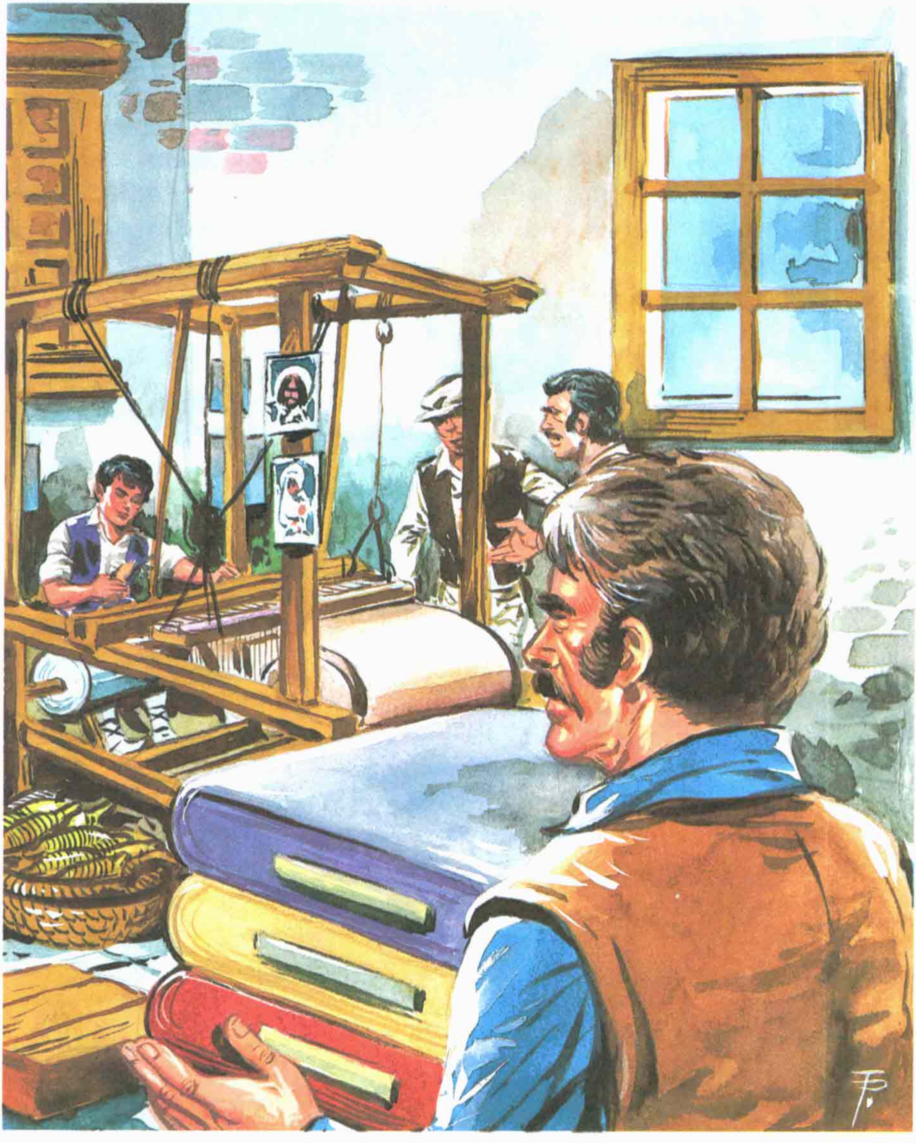
Efectivamente. Dios le llamaba para ser misionero, por eso decía:

—Yo, de niño, ya era de buen ingenio, y me cupo en suerte un alma bondadosa.

Y cuando más tarde el obispo Félix Torres Amat le preguntó en la escuela ¿qué quería ser?, respondió muy decidido:

—Yo quiero ser sacerdote.

Y comenzó a tomar clases de latín de un anciano sacerdote de su pueblo natal.



En la escuela y en el taller

En la escuela pronto aventajó a sus compañeros por su aplicación y aprovechamiento.

Tuvo un buen maestro que nunca tuvo que castigarlo ni reprenderlo, y estudiaba bien las lecciones. Era el que dirigía el rosario, y sabía el catecismo de punta a punta con sus preguntas y respuestas, pero como él mismo confesaba, lo sabía como un papagayo. Sin embargo cuando fue mayor dice que le sirvió mucho, porque poco a poco lo iba entendiendo y que es bueno aprenderlo de memoria desde niño, porque sino hay mucha ignorancia de religión aun en aquellos hombres que pasan por sabios.

Tenía una santa envidia de los que podían recibir a Jesús Sacramentado. Al fin pudo recibir la I.ª Comunión. ¡Qué día tan hermoso! Fue el día más grande de toda su vida. Los ángeles revoloteaban a su alrededor, pues tenía ya a su Jesús.

Un día le dijo su padre:

—Antonio, tienes que ayudarnos en la fábrica.

El bajó los ojos y dijo: sí, padre. Pero yo quería...

Y por dentro pensó: si Dios quiere que sea sacerdote él me allanará el camino. Y se aplicó a manejar el telar con tanto entusiasmo que pronto lo aprendió, y comenzaron a aparecer en él pegadas estampas de santos que parecía un altar, incluso dirigía él el rosario que seguían los trabajadores. Todos reconocían su competencia hasta el punto de aventajar a los demás, y cuando tenían algún problema acudían a él.

Su padre estaba orgulloso de él y se llenó de satisfacción cuando Antonio le dijo que le llevase a Barcelona para perfeccionarse en el ramo textil.

—Mi hijo será un gran fabricante—dijo.

Y con gran presteza preparó el viaje. A los pocos días el cascabeleo de la diligencia que le conducía a Barcelona resonaba por los recovecos de la montaña de Montserrat.

Barcelona

Antonio era un joven decidido que tomaba las cosas muy en serio y llegó a Barcelona dispuesto a ser un fabricante.

No es que hubiera abandonado su vocación sacerdotal, sino que se abandonaba a la divina Providencia, y sabía que si había de ser sacerdote lo sería, pero ahora no quería disgustar a su padre.

Barcelona era ya entonces una gran capital industrial y lo primero que hizo al llegar fue matricularse en la Escuela de Artes y Oficios, donde aprendió dibujo, lenguas, comercio y fabricación. Trabajaba en una fábrica de día y de noche en la composición de las muestras que venían de Londres y de París, y llegó incluso a mejorarlas con gran admiración del director. Pronto se resintió su salud y entonces los médicos le aconsejaron que se bañase en las aguas del mar y bebiera unos sorbos de ella para recuperar su apetito.

Pero un día una ola gigante se lo llevó mar adentro sin saber nadar. Y fue entonces cuando ante tan gran peligro de ahogarse invocó a la Virgen, y sin saber cómo, se encontró en la playa y sin haberse mojado un solo hilo de su ropa. La Virgen velaba por Antonio.

En las grandes ciudades hay muchos peligros para los jóvenes que van del pueblo. En otra ocasión se encontró con un mal compañero dado al juego. Se jugó el dinero de Antonio y lo perdió. Robó joyas, se las jugó y también perdió y fue a parar a la cárcel; Antonio quedó avergonzado. Pero tuvo aún otro desengaño mayor del mundo. Una mala mujer quiso pararle un lazo a su virtud. Lo cierto es que se había enfriado mucho en su piedad, y cuando unos fabricantes enterados de su maestría, le propusieron el cargo de director de una gran fábrica no quiso aceptar. Quería ser sacerdote.

En el seminario

Cuando se lo declaró a su padre, éste tuvo una desilusión; esperaba ver su nombre en una gran industria, pero como era un buen cristiano, le dijo.

—Si esa es tu vocación hágase la voluntad de Dios.

Entró en el seminario de Vic y comenzó una vida de gran fervor junto con unos compañeros que estudiaban para el sacerdocio. Como quería mucho a Jesús le visitaba cada día tanto si llovía como si nevaba, en las iglesias donde estaba expuesto en las Cuarenta Horas.

En la casa donde se hospedaba había en el jardín una capillita de la Virgen de los Angeles, la visitaba también y le llevaba flores.

Un día estaba en cama. Tuvo una tentación contra la pureza y no conseguía desvanecerla. Invocó a la Virgen y he aquí que se le apareció la Señora hermosísima y resplandeciente acompañada de unos santos. Su vestido era carmesí y el manto azul. En sus brazos llevaba una guirnalda de rosas. ¡Que hermoso era todo! Antonio se vio representado en un niño con las manos juntas. Entonces de dijo la Virgen:

—Antonio, si vences, esta corona, será tuya.

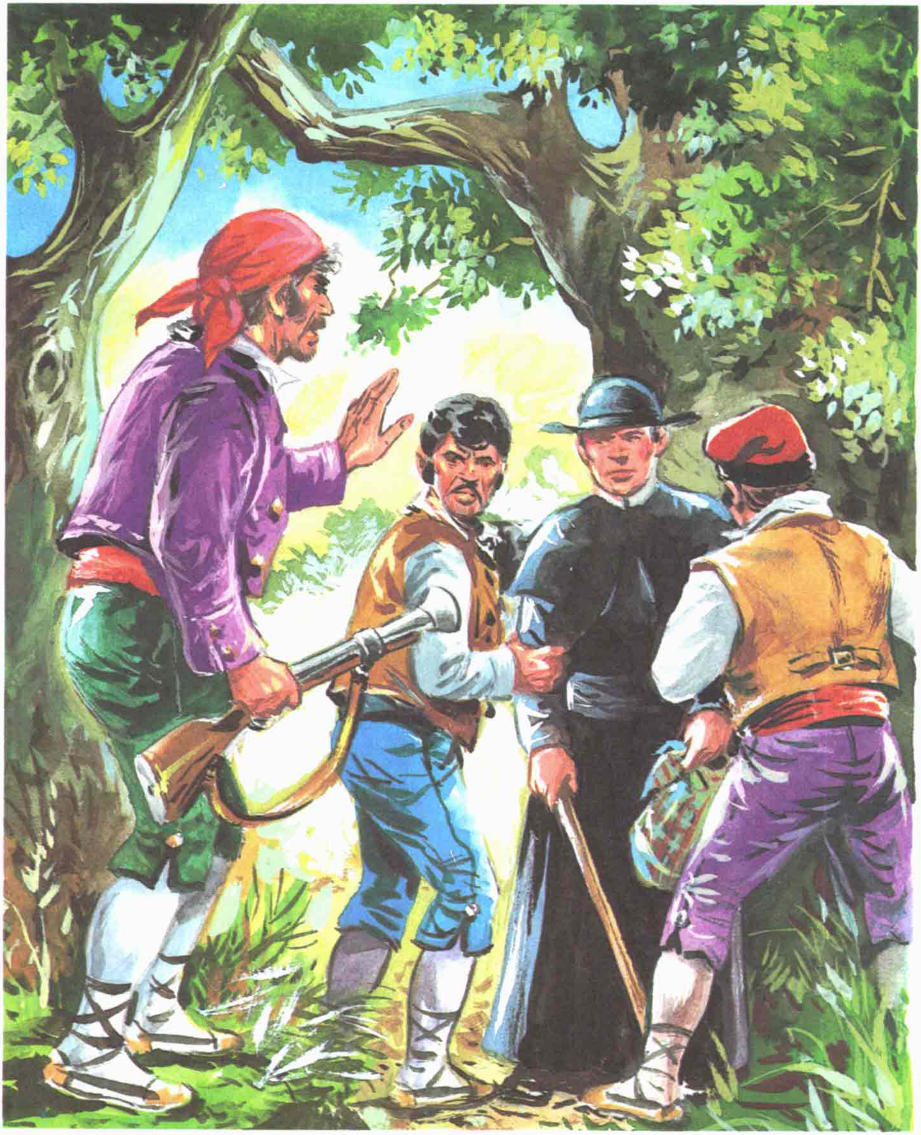
El no supo qué decir, extasiado con tanta hermosura.

La Virgen, entonces, puso sobre su cabeza la corona de rosas que tenía en su mano derecha y se vio coronado en aquel niño, y cosa maravillosa. Desde entonces, no tuvo más tentaciones contra la castidad.

Después vio a su izquierda una multitud de demonios como un ejército derrotado después de una batalla.

—Veo en Antonio algo extraordinario— dijo el señor Obispo. Le ordenaré sacerdote antes de tiempo.

Y así fue. El 13 de junio de 1835 fue ordenado sacerdote, el mismo día de su patrón, San Antonio de Padua.



El misionero popular

Otra vez sonaron las campanas jubilosas de Sallent para Claret: era el día de su primera misa. Toda la población estaba de fiesta. Allí estableció sus primeros ministerios parroquiales, sus preferidos los niños, los enfermos que visitaba cada día, y los pobres, a los que en más de una ocasión dio su propia comida. Pero la parroquia era pequeña para él, y fue a Roma para que el Papa le mandara a las misiones extranjeras.

Fue a pie hasta Marsella, donde embarcó. Al pasar el Pirineo fue asaltado por una partida de ladrones que le dejaron marchar. En Marsella debió ser un ángel que le acompañó por todas las iglesias antes de embarcar. En Roma Dios le esperaba, pues le quería apóstol de Cataluña y tuvo que volver.

Plantó una gran cruz en lo alto del Montseny y comenzó a recorrer todos los pueblos de Cataluña predicando como misionero apostólico enviado por el Sr. Obispo y guiado por un pequeño mapa del país, pues iba siempre a pie.

Predicaba durante varias semanas en las plazas cuando en las iglesias la gente que venía de otros pueblos no cabía.

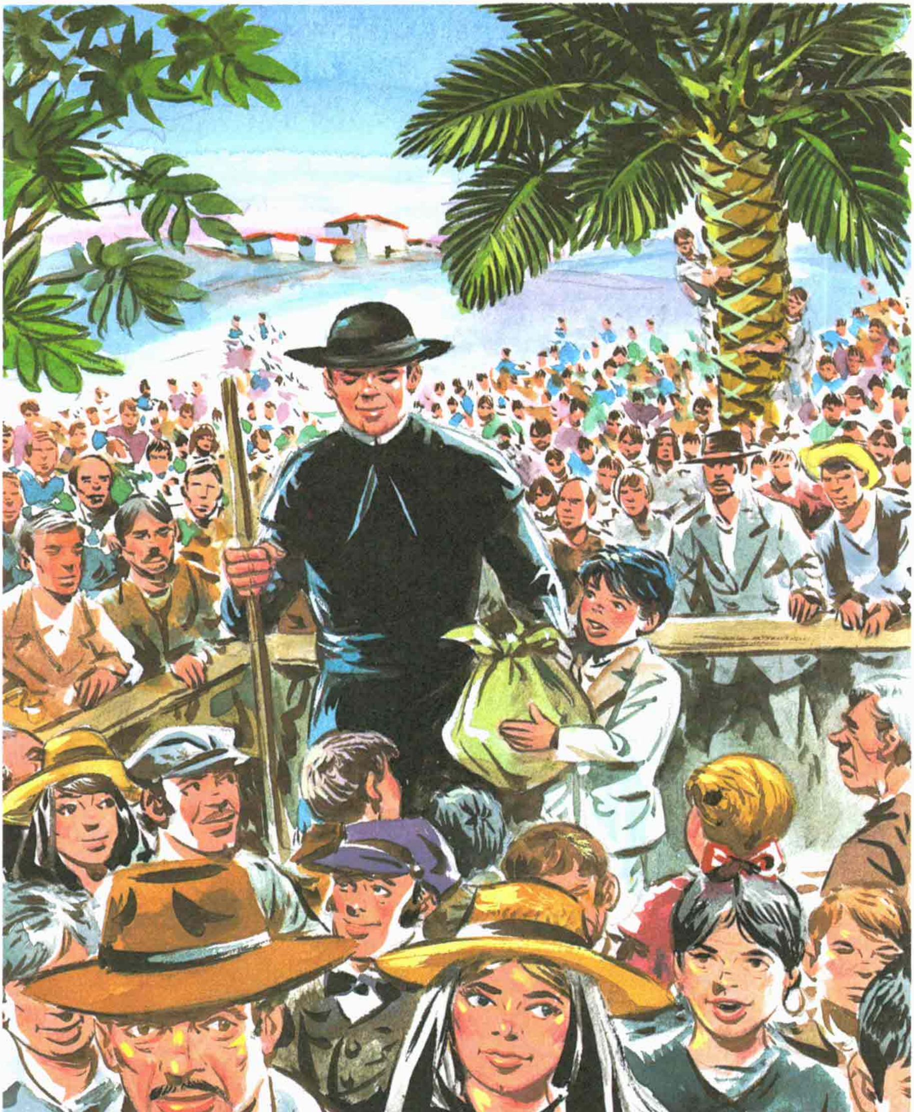
Un carretero se burló de él y acabó por confesarse en la cuneta. A un capitán de ladrones curioso le descubrió las peripecias que le habían de suceder. En un bosque le asaltaron tres bandidos desalmados antes de llegar a un pueblo.

—La bolsa o la vida—le dijeron sin contemplaciones.

—No llevo nunca dinero—dijo.— Voy a predicar en ese pueblo, dejadme marchar y esta misma noche volveré con algo.

Habló con tal convicción que le dejaron, y aquella misma noche volvió. Aquellos salteadores quedaron tan asombrados que allí mismo se confesaron y cambiaron de vida.

El demonio se la tenía jurada. A veces espantaba a la multitud con aullidos o canciones deshonestas en la iglesia, pero él no lo temía.



En las Islas Canarias

Estalló la Guerra Civil en Cataluña entre carlistas e isabelinos y el Padre Claret fue llamado para evangelizar las Islas Canarias. Todos los pueblos y ciudades importantes también habían sido misionadas por el gran Apóstol de Cataluña.

Comenzó la gran misión de Las Palmas con un suceso desgraciado. Un circo norteamericano quiso estorbar la Santa Misión, y cuando se embarcaron fueron atracados por unos piratas y los mataron. La gente llenaba la catedral y la plaza.

Las misiones de los pueblos duraban 15 ó 20 días, las gentes venían de los pueblos vecinos y el santo se pasaba los días predicando y las noches confesando y no daba abasto. Las gentes acudían a él porque sabían que era un santo, hacía milagros y curaba los enfermos.

—''Padrito'', cúreme esos ojitos — decía una anciana al pasar por la calle—. El Padrito le pasó la mano por los ojos y quedó curada de su ceguera.

Iba acompañado de tan gran multitud de pueblo en pueblo que tuvieron que ponerle entre cuatro barras porque apenas le dejaban caminar. Un niño se prestó a llevarle el hatillo y le prometió el Cielo, así lo declaró al morir.

En una ocasión dijo en medio del sermón:

—La mujer que ha dejado a su niño junto al brasero en su casa que vaya si no quiere verlo abrasado.

Una mujer salió corriendo y encontró que la cuna de su hijito comenzaba ya a arder. El Padre Claret lo salvó.

Aquellas buenas gentes dejaban sus casas para seguir y escuchar al ''Padrito'' y confesarse con él haciendo colas interminables ante su confesionario.

—Estos canarios — decía me tienen robado el corazón.

TOMAS PORTO

El Arzobispo misionero

Quería inundar al mundo de libros buenos. Escribió muchos y fundó editoriales y librerías populares.

Su gran obra fue la fundación de los Misioneros del Corazón de María. Poco después era nombrado Arzobispo de Cuba que estaba muy mal y necesitaba un arzobispo misionero.

Comenzó con una gran misión en la capital de la diócesis Santiago que duró un mes. Todas las iglesias estaban abarrotadas de gente que iba a escuchar a los misioneros. Se misionó en el seminario, escuelas, cuarteles, cárceles y hospitales. Fue una gran misión en que participó toda la ciudad, pues el pueblo cubano se dio cuenta muy pronto de que Dios les había enviado un santo misionero. El santo arzobispo, por su parte no se arredró ante el estado de abandono en que se encontraba la isla de Cuba y la gran corrupción de costumbres, antes al contrario, fue un estímulo a su celo apostólico.

Comenzó por recorrer cada año los pueblos y ranchos de su vasta diócesis por caminos impracticables en la jungla y por escarpadas montañas siempre a caballo y por largas distancias y gandes peligros. Las ciudades de El Cobre, Camagüey, Bayano, etc. hasta el último bohío eran misionados por el arzobispo y sus misioneros. El pueblo le aclamaba en todas partes lleno de alegría y le acompañaba de un pueblo a otro llegando en ocasiones a reunirse hasta 5.000 caballistas, y así en toda su vasta diócesis.

El Padre Claret ya no andaba a pie como en sus correrías apostólicas de Cataluña, sino a caballo, y aseguran que era un gran jinete: El mejor del equipo misionero. Efectivamente, Claret era el arzobispo misionero que Cuba necesitaba.

La obra social del Padre Claret

Cuba era la última de las colonias españolas de América, llamada la Perla de las Antillas. Por aquellos días fueron sofocados varios levantamientos de patriotas. El arzobispo Claret consiguió de las autoridades el perdón. Lo que más le trastornaba obsesivamente era la esclavitud que aún perduraba en las haciendas. Hubo negrero que castigaba con azotes a los negros que asistían a la misión.

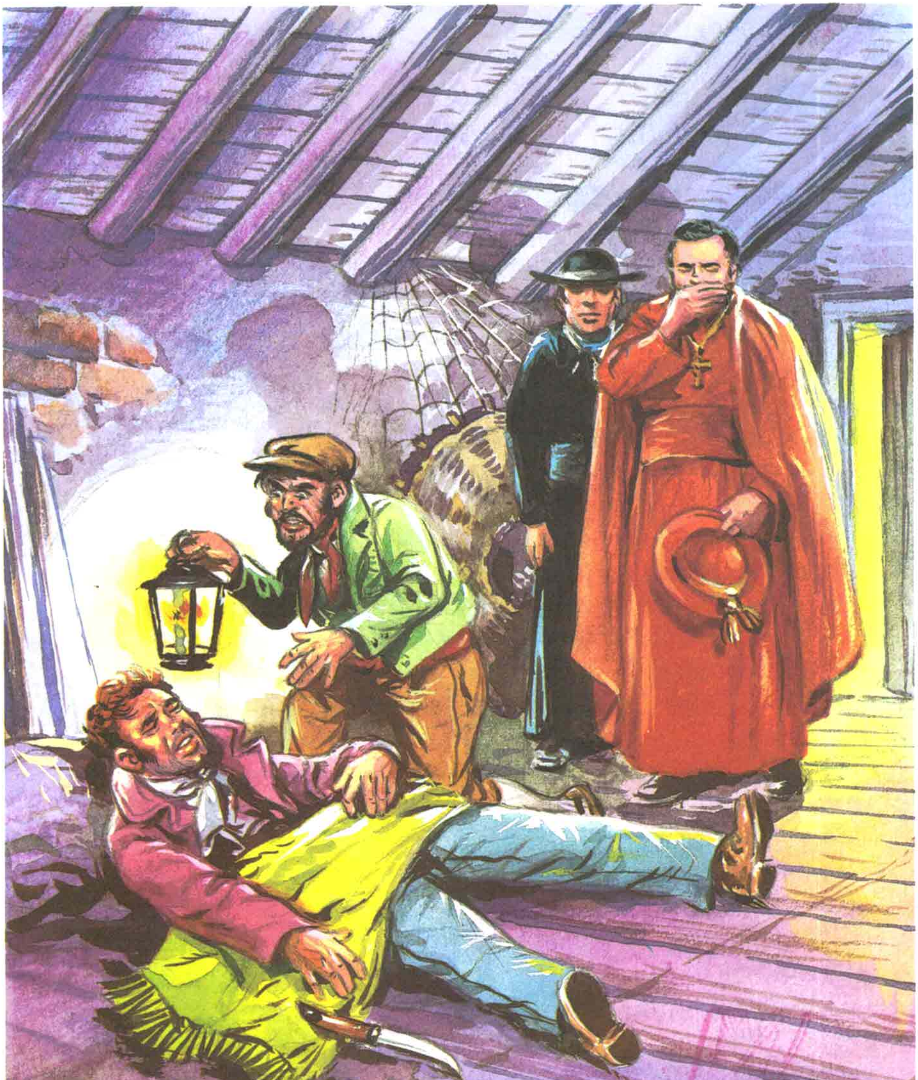
El Padre Claret tomó dos papelitos uno blanco y otro negro. Los quemó, revolvió las cenizas y preguntó al negrero:

—¿Distingue ahora cuál es el blanco y cuál es el negro? Pues así somos de iguales ante Dios.

Hizo cuanto pudo para impedir los últimos barcos negreros y en las iglesias confesaba por igual a los negros.

La casa del Arzobispo era la casa de los pobres, abrió muchas escuelas, trajo de España buenos profesores religiosos y fundó una congregación de Religiosas Claretianas para la instrucción de las niñas. Puso talleres en las cárceles para que aprendieran un oficio los reclusos, bibliotecas parroquiales y Cajas de Ahorro. En Camagüey levantó una importante Escuela de Arte y Oficios para los niños pobres con sus bibliotecas y laboratorios, una granja y un jardín botánico, al tiempo que seguía recorriendo pastoralmente pueblos y rancherías.

Los malos, negreros, masones y amancebados no veían bien todo eso e intentaron asesinarle, pero la Virgen lo protegió. Anunció los terremotos que destruyeron gran parte de la ciudad de la capital como un castigo de Dios y la peste del cólera que dejó desiertas las calles y atestados los cementerios. El Padre Claret, al frente de sus sacerdotes estaba en todas partes socorriendo a los apestados y administrándoles los Sacramentos. Todos veían en él al Angel de los pobres.



El confesor real

El 18 de marzo de 1857 el santo arzobispo recibió una real orden de Madrid en que la Reina le llamaba a España.

Se embarcó y aceptó el cargo de confesor real con estas condiciones: No meterle en política. No residir en palacio y libertad de acción para predicar por todas partes.

Fue el confesor de la Reina Isabel II, del príncipe Alfonso y de la Infantas. Cumplido con su cargo comenzó a predicar Ejercicios Espirituales y Misiones Populares en las catedral, iglesias, barrios populares, cárceles, etc. llegando a reunir multitudes de más de 4.000 personas durante días, que no cabían en las iglesias. En Madrid no se hablaba de otra cosa.

El aire mundano de palacio cambió al llegar el Padre Claret.

Los palacios son brillantes por fuera, pero por dentro hay muchas vanidades, intrigas y vicios. Sólo iba para cumplir con su deber de confesor real. En la misa se le vio una vez rodeado de resplandores. Todos le respetaban, pero él se encontraba como un pajarillo enjaulado, y él quería volar a predicar por toda España. La gran ocasión se le presentó cuando los políticos organizaron los famosos viajes reales por todas las provincias de España. El Padre Claret convirtió aquellos viajes en una gran misión. Era infatigable. Llegó a predicar en un solo día 11, 12 y hasta 13 sermones.

El pueblo le quería con delirio; no así los malos, que le odiaban a muerte. Llamáronle un día por la noche para confesar a un enfermo y se encontró con un muerto. En su mano crispada brillaba un cuchillo. ¡Justicia de Dios!

Llegó a sufrir hasta 14 atentados, y al no poder conseguir sus propósitos, los enemigos de Dios desataron una campaña de difamaciones y calumnias en periódicos y papeluchos, contra el santo, pero él no se defendió jamás.

El Santo Padre Claret

Vivía muy sobriamente y no probaba carne ni vino, y lo daba todo a los pobres. Un día se presentó en su residencia otro pobre, y no teniendo nada en casa mandó vender su pectoral para socorrerlo. Escribió varios catecismos para los niños y el colegial instruido y la Virgen se lo aprobó.

Una noche de Navidad fue la Nochebuena más hermosa de su vida. Mientras daba gracias después de la Santa Misa se le apareció la Virgen y le puso el Niño Jesús en sus brazos.

—¡Oh que hermoso era! —decía después.

Fue una noche de cielo, pero la gracia más grande que recibió de Jesús fue la conservación de las Especies Sacramentales. Durante nueve años conservó a Jesús Sacramentado en su pecho, como un sagrario, de una comunión a otra, gracia a muy pocos santos según la historia.

Los políticos obligaron a la Reina a firmar la expoliación de los Estados Pontificios. El santo arzobispo consultó, y la imagen del Cristo del Perdón de la Granja de Segovia le dijo ''Antonio, retírate de la Corte'' y así lo hizo.

En Roma fue uno de los Padres del Concilio Vaticano I y descubrió el complot masónico de volar la capilla de la basílica de S. Pedro donde tenían las sesiones.

Murió en el destierro, en el monasterio de Fontfroide de Francia. Anunció la caída de Napoleón III el mismo día de su derrota de Sedán.

Los funerales de su santa muerte fueron acompañados con el canto de un misterioso pajarillo que estuvo revoloteando sobre su túmulo y dos auroras boreales aparecieron aquella noche en toda Europa.

Sus heroicas virtudes fueron reconocidas por la Iglesia y desde el Cielo sigue haciendo favores y milagros a sus devotos. Su fiesta se celebra el 24 de octubre.

Imitemos a San Antonio M.ª Claret

¿Qué es lo que más distingue a San Antonio M.ª Claret? —Es sin duda el amor a las almas y el deseo de su salvación.

Todo el que ame de veras a Jesucristo, tiene que preocuparse por la salvación de las almas que tan caras costaron al Redentor.

Por eso vemos a San Antonio Claret como un apóstol incansable que recorre los pueblos y aldeas predicando y regalando libros espirituales, que tanto bien hacen a las almas.

Probablemente muchos de nosotros no podemos imitar al santo en sus predicaciones, pero, ¿no podríamos hacer algo para propagar las buenas lecturas como hacía San Antonio?

No se trata de que regalemos libros que tal vez no podemos por nuestra situación económica; pero, ¿no podríamos adquirir una pequeña biblioteca para nuestro uso personal y poder prestar los libros al menos a nuestros amigos y familiares?

Nuestra condición de cristianos nos obliga a ser generosos con los demás y dar limosnas de lo que podemos. Pues bien: San Antonio Claret dejó escrito en su Autobiografía, que la mejor limosna es un buen libro.

Son sus palabras: "El mejor destino que se puede dar al dinero, el más útil y a la vez el más piadoso y necesario, es sin duda, emplearlo en la propagación de los buenos libros".

Para propagar los buenos libros San Antonio fundó una Editorial y Librería Religiosa, y en sus correrías apostólicas llevaba con él un hermano vendiendo y a veces regalando libros.

Si nosotros no disponemos de dinero para comprar libros y regalarlos y ni siquiera para venderlos, sí podremos al menos comprar alguno para nosotros y prestarlo a nuestros amigos. Es la mejor obra de caridad que podemos hacer.